

En Homenaje
a
Doña Alicia Plaza de Prado

A Dña. Alicia Plaza.

Cae la tarde de este domingo de un tan esperado otoño lluvioso, y mientras el cielo va tiñéndose de tonos violetas y anaranjados, mi mirada se pierde entre las nubes pensando en cómo plasmar, en tan sólo unas pocas palabras, lo que has representado para esta Universidad y para esta Facultad, que nunca dejará de ser tu Escuela y la nuestra. Ardua labor, que me llena de orgullo y de honor, si al menos consiguiera, devolver, con ellas tan sólo un ápice de todo lo que, con tanta generosidad, tú nos has dado siempre.

Tu amor a España, a la Historia, y a la Docencia te hicieron entregarte, desde el primer momento, a aquellos alumnos y alumnas que se acercaban por vez primera al mundo del Magisterio. Te imagino entonces, como te vi, años después, enseñándoles -casi más con tu ejemplo que con tus palabras- que no hay nada más importante en esta vida que disfrutar de la profesión que uno tiene, y desempeñarla con amor; amor que, indudablemente, te siguen profesando ellos por más años que pasen.

Conseguiste así enamorarlos a ellos, y a los profesores que fuimos llevando a esta casa, de esta vida centrada en la educación, y de esta Historia nuestra, que tantas cosas consigue explicarnos.

Porque como decía D. Gregorio Marañón, *“la Historia nos enseña, en cualquier caso, la misma lección profunda, tocada del acento de Dios: la lección, misteriosamente vaga y tremadamente concreta del pasado, donde está la clave de todos los presentes y de los más irverosímiles futuros”*.

Tu mente preclara siempre supo de esto, y, cuándo, como profesores jóvenes que éramos, nos rebelábamos contra las situaciones cotidianas y queríamos cambiar el mundo, tu mirada se levantaba apenas de entre la montaña de cuadros horarios y distribución de alumnos en colegios para las prácticas, y con esa ironía castellano-andaluza que te caracteriza, nos decías que estudiáramos la Historia Imperial.

Te veíamos siempre, junto a Marisol, caminando la clase al despacho o del despacho a clase, con la salvedad de ese café a media tarde. No sabías

de sábado o domingo, y cuando en alguna ocasión, con mucha timidez y respeto te insinuábamos de la posibilidad de llenar tu tiempo en otras cosas, de, en definitiva, “vivir”, tú nos mirabas socarronamente, y, encendiéndo un pitillo, nos decías que tu vida era la Normal, y que eras enormemente afortunada por ello.

Cuándo luchabas por cada uno de nosotros, muchas veces sin que lo supiéramos. Cuánto defendías tu Escuela y el lugar de cada uno de sus profesores, fuera cual fuera nuestra ideología política y nuestra actitud hacia ti, sin dejar traslucir ni por un momento que lo hacías. Nunca buscabas nuestro agradecimiento; con la generosidad y el sentido del deber y la responsabilidad que siempre te han caracterizado te hiciste respetar ante las Facultades más antiguas de nuestra ciudad, y lo que es más importante, hiciste que la Escuela fuera respetada, y por ende, también todos nosotros.

Hoy hay profesores en el centro que no han conocido “La Escuela”; algunos, incorporados este mismo curso, han ingresado ya en La Facultad de Ciencias de la Educación que hoy somos.

Sé que ello te llena de orgullo, pero aún cuando sean especialistas de estimado renombre ¿cómo seremos capaces de impregnarles de ese amor a esta casa y a esta vida que tú nos transmitiste? ¿cómo llenarles de esa máxima de vida que tú, casi de forma subliminal, hiciste nuestra, que hace que, llegado el momento, por encima de cualquier interés personal, esté la Escuela, y que, casi sin darnos cuenta, hasta los más torpes ejercemos?.

Querida Alicia: cuántas conversaciones en aquel despacho de la planta baja; cuántas discusiones sobre el mundo y sobre la enseñanza, sobre el país y sobre la vida. Cuántas anécdotas se me vienen ahora a la memoria...

Como cuando, recién llegados, nos acercábamos a pedir instrucciones. Tú, hablando muy bajito, con un cigarrillo entre los labios y tu especial acento al que antes hacía mención, no parabas de hablarnos, y nosotros, jóvenes, inexpertos, y tremadamente respetuosos no nos atrevíamos a decirte que no te entendíamos; íbamos diciendo que sí a todo sin enterarnos de nada, y tú, de pronto, nos mirabas, te sonreías, y nos decías: “ahora os tocaba decir que no”.

O cómo aquella vez que los jóvenes nos pusimos en huelga y nos hablabas sólo lo necesario, comenzando a hacerlo de usted; para tí que un docente fuera a la huelga era como si un médico dejara morir impasible a un enfermo. Así nos lo decías, y tu mirada reflejaba el profundo dolor que ello te causaba.

Somos lo que somos y lo que queremos ser, querida Alicia; muchas veces nos lo has dicho, con todo lo que esta aparente frase trivial encierra dentro de ella.

Se autocalificaba D. Miguel de Unamuno como uno de los españoles que más capitales y pueblos de España conocía; y que en cada uno de ellos

había encontrado hombres y mujeres que podrían haber hecho mucho por la cultura del rincón del mundo en el que Dios los puso, sino se dejaran ganar por el desaliento previo, y por lo que, para D. Miguel no era más que “*falta de temple moral y falta de educación. De una fuerte, recia, y sólida educación clásica y filosófica*”.

No es este tu caso, Alicia; nunca te dejaste ganar por el desaliento, y tu educación es tan sólida, que aún hoy, muchos, acudimos a tí en momentos de duda o tribulación. Sí, somos lo que somos, y yo, como tantos otros profesores de ésta, tu Escuela, lo somos, en parte, porque tú nos has ayudado a serlo. Por eso, nunca, podremos estarte suficientemente agradecidos. Que Dios te bendiga por ello.